

Ella se va

Jerónimo López Mozo

PERSONAJES

ELLA.

EL.

ASISTENTE SOCIAL.

NORA.

HELMER.

Escena I

A la izquierda, en primer término, un despacho funcional presidido por una mesa metálica de perfiles rectos y un sillón de brazos. Sobre el tablero, un teléfono de múltiples prestaciones, un proyector con diapositivas, bandejas con papeles, carpetas, botes para bolígrafos y algunos materiales de oficina. Delante, un silla a juego. Detrás del sillón, una discreta puerta y una estantería metálica ocupada con archivadores y algunos libros. Sin otros elementos que definan sus límites, el despacho se abre al resto del escenario, inmenso espacio vacío, al que se accede por una puerta de notables proporciones situada al fondo. Sendas sillas, dispuestas a los lados del vano, hacen de él una especie de antesala o vestíbulo, pero también es el lugar en que se materializan los recuerdos de los personajes.

El despacho lo ocupa una Asistente Social de edad indefinida. Viste un elegante traje sastre, que, por su hechura, parece un uniforme. Mientras examina unos

documentos, juguetea con un bolígrafo. Una luz en el teléfono, reclama su atención.

ASISTENTE.- ¿Qué hay?

VOZ.- El jefe... Que pases por su despacho.

ASISTENTE.- ¿Qué quiere?

VOZ.- Ni idea. ¿Se lo pregunto?

ASISTENTE.- (Duda.) Déjalo. Me lo imagino. **(Coge una carpeta repleta de papeles.)** ¿Queda alguien en la sala de espera?

VOZ.- Una señora.

ASISTENTE.- Que pase.

(La ASISTENTE se levanta. En la puerta del fondo aparece ELLA. Es una mujer joven. Se detiene en el umbral.)

ELLA.- ¿Se puede?

ASISTENTE.- Adelante. Siéntese, por favor. Enseguida estoy con usted.

(La ASISTENTE abandona el despacho por la puerta que hay detrás de su sillón. ELLA se sienta junto a la entrada. Contempla la estancia. Respira hondo. Permanece inmóvil durante un buen rato. Mira la hora. Se agita inquieta. Saca del bolso una cajetilla de tabaco y se lleva un cigarrillo a los labios. Guarda la cajetilla. No encuentra el mechero. Se pone nerviosa. Tanto, que no se apercibe de la entrada de un hombre de unos cuarenta años hasta que, ya junto a ella, enciende su mechero y acerca la llama al cigarrillo.)

ELLA.- Gracias.

ÉL.- No hay de qué. **(Señalando la otra silla.)** ¿Me permite?

ELLA.- Claro.

(ÉL se sienta. Se dispone a fumar.)

ELLA.- (Aturdida, haciendo ademán de buscar su cajetilla.) Perdona que no le haya ofrecido.

ÉL.- Me lo debe. (Mirando a su alrededor.) No estará prohibido fumar...

ELLA.- No, no creo... No hay ninguna indicación. Por lo menos aquí. En la sala, seguramente sí.

ÉL.- ¿Viene a la conferencia?

ELLA.- (Asiente.) ¿Usted también?

ÉL.- Sí.

ELLA.- ¿Le interesa el mito de Don Juan?

ÉL.- No es que me entusiasme. He leído la convocatoria en el periódico. No había demasiado dónde elegir. Bueno, tal vez cuenten algo interesante sobre el arte de conquistar a las mujeres, me he dicho. Y aquí estoy.

ELLA.- Don Juan, una vacilación de la naturaleza.

ÉL.- Un título un tanto ambiguo, ¿no cree? Parece que cuestiona la idea que se tiene del personaje.

ELLA.- ¿La del hombre que habita en el pensamiento femenino como modelo ideal para ser amado?

ÉL.- Eso es. Un tipo de aspecto viril...

ELLA.- Con capa y espada.

ÉL.- Ha trazado, en dos palabras, un retrato cabal.

ELLA.- Hay quienes le ven de otra manera.

ÉL.- ¡Ah! ¿Sí?

ELLA.- El conferenciante, por ejemplo.

ÉL.- ¿Le conoce?

ELLA.- (Asiente.) Opina que la personalidad de Don Juan está plagada de detalles inquietantes. Percibe en él cierta fragilidad, una especie de extraña insatisfacción. Le parece un pobre hombre atormentado que jamás concreta su comportamiento sexual. (ÉL niega con la cabeza y ELLA se ríe.) No tiene por qué compartir esa tesis.

ÉL.- Por supuesto que no la comparto. (Se levanta.) No me imagino a Don Juan convertido en un ser mediocre sin

méritos para ejercer de mito. Me largo. Yo, aquí, no pinto nada.

ELLA.- ¡Vaya! Me siento culpable.

ÉL.- Ha hecho bien en contarme de qué va el rollo.

ELLA.- Me pareció que la figura de Don Juan le era indiferente.

ÉL.- Es verdad. Pero no me hace ninguna gracia que me desbaraten la idea que tengo de él. ¿Se queda? (**ELLA asiente.**) Peor para usted. Le hubiera invitado a una copa.

(**ÉL se aleja con paso decidido y se para bruscamente. Se queda pensativo. ELLA sonríe esperando a que, como entonces, vuelva sobre sus pasos.**)

ÉL.- (**De nuevo junto a ELLA.**) Apuesto a que no le gusta el cine.

ELLA.- Me encanta.

ÉL.- Si le gustara, ya estaríamos a dos manzanas de aquí.

ELLA.- ¿Por qué?

ÉL.- Se hubiera comportado como la protagonista de... Bueno, no recuerdo el título de la película.

ELLA.- Si me da alguna pista, tal vez...

ÉL.- A lo mejor no la ha visto. Es muy antigua.

ELLA.- ¿Qué hizo la protagonista?

ÉL.- ¿De verdad quiere saberlo?

ELLA.- Me muero de curiosidad.

ÉL.- Ella está sentada en un sillón, en el hall de un hotel...

ELLA.- ¿Quién es ella?

ÉL.- Una mujer de excepción. Ingrid Bergman... Quizás Lauren Bacall. Una de las dos. Abre la pitillera y saca un cigarrillo. Se lo pone entre los labios. Como ha hecho usted. Con ese estilo. Entonces llega él, Humphrey Bogart... ¿Le conoce?

ELLA.- ¡Claro que sí! ¿No es el de Casablanca?

ÉL.- ¡Rick! Un hombre de una pieza. Duro, muy duro. Pero, al tiempo, galante. Ya me entiende.

ELLA.- Quiere decir que se las llevaba de calle.

ÉL.- De calle, eso es.

ELLA.- ¿Qué pasó en el hotel?

ÉL.- Que llega Bogart, saca el mechero y le ofrece fuego. Luego, enciende su pitillo. ¡Nadie los sostenía entre los dedos como él! **(Le imita.)** Así... ¿Se acuerda?

ELLA.- No mucho.

ÉL.- Fíjese en mí.

ELLA.- Me hago una idea.

ÉL.- **(Actuando.)** Lanza una bocanada de humo y dice a media voz: «¿Acepta que le invite a una copa?». Ella le mira. **(Golpeándose la frente.)** ¡La Bergman, era la Bergman! Sabía que me acordaría. «¿Por qué no?», responde. Se levanta y camina hacia el bar del hotel. ¿No le parece que la escena tiene algún parecido con la que estamos viviendo usted y yo? Reconozco que no soy Bogart...

ELLA.- Ni yo Ingrid Bergman.

ÉL.- Pero la situación es calcada. Un encuentro casual, lo del cigarrillo, la invitación a tomar una copa... En fin. **(Emulando al actor en Casablanca.)** Pudo haber sido el principio de una gran amistad.

ELLA.- ¿Y si le dijera que sí?

ÉL.- ¿A qué?

ELLA.- A lo de la copa?

ÉL.- ¿Y la conferencia?

ELLA.- ¡Al diablo Don Juan! No hubiera aguantado hasta el final.

ÉL.- Ha tomado una sabia decisión.

ELLA.- ¿Qué hicieron ellos luego?

ÉL.- ¿Ellos? ¿Quiénes?

ELLA.- Ingrid Bergman y Humphey Bogart.

ÉL.- No lo sé. Pero no importa. Lo que importa es lo que hagamos nosotros. ¿De acuerdo?

**(En el momento en que van a salir, la ASISTENTE
regresa al despacho.)**

ASISTENTE.- Siento haberle hecho esperar.

**(ELLA se vuelve sorprendida, mientras ÉL desaparece
por el fondo.)**

ASISTENTE.- (Señalando la silla que hay delante de
la mesa.) Por favor... (Advirtiendo su desorientación.)
¿Algún problema?

ELLA.- (Sentándose.) No, ninguno. Disculpe.

ASISTENTE.- ¿Es la primera vez que acude al Centro?

ELLA.- Sí.

ASISTENTE.- ¿Malos tratos? (ELLA guarda silencio.)
¿Su compañero?

ELLA.- Esposo.

ASISTENTE.- ¿Cuándo empezaron? ¿Hace un mes?
¿Un año, tal vez? ¿Más? (ELLA asiente.) ¿Por qué has
esperado tanto?

ELLA.- No lo sé. ¿Puedo fumar?

ASISTENTE.- Por supuesto.

**(La ASISTENTE rechaza el tabaco que le ofrece. ELLA
enciende un cigarrillo y da una chupada intensa.)**

ASISTENTE.- ¿Tienen hijos?

ELLA.- No.

ASISTENTE.- ¿Sabe su marido que está aquí?

ELLA.- Me cree en el trabajo.

ASISTENTE.- ¿Qué hará luego? ¿Regresará a casa?

ELLA.- No pienso volver a poner los pies allí.

ASISTENTE.- ¿Ni siquiera para recoger sus cosas?

ELLA.- No lo sé.

ASISTENTE.- Si decide ir a por ellas, lo hará acompañada de dos agentes.

ELLA.- Gracias.

ASISTENTE.- ¿Dónde piensa quedarse?

ELLA.- Tampoco lo he decidido.

ASISTENTE.- ¿Tiene familiares próximos?

ELLA.- Mis padres. Y cuatro hermanos. Mis padres viven en una residencia y con mis hermanos tengo poca relación. Además, ellos no saben nada.

ASISTENTE.- Si no tiene dónde ir, puedo enviarla a un centro de acogida. Las habitaciones son confortables.

ELLA.- Tal vez para una o dos noches...

ASISTENTE.- Dispone de tiempo para decidirlo. Ahora, si no tiene inconveniente, necesito algunos datos.

ELLA.- ¿Míos? ¿Qué datos?

ASISTENTE.- Nombre y apellidos, fecha y lugar de nacimiento, domicilio actual, ocupación...

ELLA.- ¿Son imprescindibles?

ASISTENTE.- Hay que abrir un expediente, ¿comprende?

(ELLA se inclina sobre la mesa y aplasta el cigarrillo en el cenicero.)

ASISTENTE.- No parece muy convencida del paso que ha dado.

ELLA.- Confieso que no. Si pudiera, me iría.

ASISTENTE.- Nadie se lo impide. Ha venido por su voluntad.

ELLA.- Hace un momento veía las cosas de otro modo.

ASISTENTE.- Y de pronto, ha cambiado de opinión.

ELLA.- ¿Por qué?

ASISTENTE.- ¿Quiere tomarse unos minutos para reflexionar?

ELLA.- ¿No le importa?

ASISTENTE.- En absoluto.

(**ELLA se levanta. No sabe qué hacer.**)

ASISTENTE.- ¿Prefiere quedarse sola?

ELLA.- Creo que sí.

ASISTENTE.- Para llamarme, pulse este timbre.

(**La ASISTENTE abandona la estancia. ELLA se vuelve hacia el espacio vacío, que va siendo ocupado por los muebles y objetos propios del salón de un apartamento moderno y confortable. Le cruza y se detiene ante la imaginaria puerta que conduce al resto de la vivienda. Al punto, aparece ÉL. Trae dos vasos de güisqui. Le ofrece uno.**)

ÉL.- ¡Chinchín!

ELLA.- ¿Por...?

ÉL.- Adivínalo.

ELLA.- Por haber conseguido arrastrarme hasta tu picadero.

ÉL.- Eres la primera mujer que pisa esta casa.

ELLA.- ¡Ja!

ÉL.- ¡Lo juro!

ELLA.- (**Olfateando.**) Hay aromas de muchos perfumes. A mí no me la das. Si quieres engañar a otra, antes de traerla, ventila bien el apartamento. O búscala con poco olfato.

ÉL.- ¿Tan mal concepto tienes de mí? ¡Lástima! Fugaz encuentro el nuestro. Adiós brindis. (**Se lleva una mano al pecho y parodia a un poeta desesperado.**) Como suele decirse, la aventura ha terminado./ La canoa del amor se ha roto/ contra los escollos de la vida corriente. (**Se lleva el dedo índice a la sien y finge suicidarse de un disparo. ELLA no puede reprimir la risa.**) ¿De qué te ríes, insensata? ¡Es una poesía de Maiakovsky! ¡De Vladimir

Vladimirovich Maiakovsky! ¿No te dice nada ese nombre?
(**ELLA asiente sin dejar de reír.**) ¿Te parezco ridículo?

ELLA.- Gracioso.

ÉL.- ¡¡Gracioso!!

ELLA.- No te lo tomes a mal.

ÉL.- ¿Cómo quieres que me lo tome?

ELLA.- Perdón, perdón... (**Se acerca a ÉL.**) ¿Qué tengo que hacer para que me perdones?

ÉL.- (**Fingiéndose malhumorado.**) Nada.

(**ELLA le da un beso fugaz. ÉL, sorprendido, intenta abrazarla. ELLA se zafa y se aleja. ÉL inicia la persecución, pero un gesto de ELLA le detiene.**)

ELLA.- (**Alzando el vaso.**) Por... ¿Por qué es el brindis?

ÉL.- Ya por otra cosa. Por el beso. El primero...

ELLA.- Y el último. La próxima vez me dejaré los labios en casa.

ÉL.- No te invitaré a subir si no los traes puestos.

(**Alzan los vasos y beben.**)

ELLA.- Otro brindis.

ÉL.- Proponlo tú.

ELLA.- Un brindis secreto. Por lo que cada uno quiera.

ÉL.- De acuerdo.

(**ELLA hace un mohín risueño y apura el güisqui a pequeños sorbos. Cuando acaba, parece ensimismada. ÉL tarda más en consumir el suyo. O acaso lo haya hecho y el que tiene entre las manos sea uno de los que se sirvió cuando se quedó solo saboreando, cómodamente hundido en un sillón, el éxito de su encuentro con ELLA.**)

ELLA.- Me fui enseguida. El tiempo que tardamos en bebernos el güisqui. Un rato más, tal vez. Pasó una semana sin que nos viéramos. Y otra más para que me decidiera a subir por segunda vez al apartamento. No me dejé los labios en casa. Pero tampoco necesité mucho carmín para colorearlos. Fui, lo que se dice, una niña buena. Y seguí siéndolo. Hasta cuándo, es lo de menos. Hiciéramos lo que hicieramos, ir al cine, a cenar, a pasear, siempre acabábamos aquí. Se estaba a gusto. Tanto que, casi sin darnos cuenta, fuimos suprimiendo las salidas. Pasábamos las horas conversando, escuchando música, leyendo... Un día me traje alguna ropa de andar por casa para estar cómoda. Acabé ocupando un armario. Una noche, mientras me vestía para regresar a casa, me propuso que me viniera a vivir con él. «¡Estás loco!», le respondí. Agradecí que no insistiera. También me negué a aceptar un duplicado de las llaves para que pudiera entrar cuando quisiera. Pero las puso en mi bolso. Le dije que no las usaría. Y lo cumplí. Cuando llegaba, llamaba al timbre y, si no estaba, me marchaba o le esperaba en el bar de abajo. Un fin de semana le llamaron de la clínica. Había surgido un contratiempo. Necesitaban que se hiciera cargo de las urgencias de traumatología durante unas horas. Quise irme al mismo tiempo que él. No lo consintió. Me quedé sola. Por primera vez, sola en un piso. Sin el alboroto del abuelo, de mis padres, de mis hermanos... ¡cuatro hermanos! Disfruté del silencio que me rodeaba. Me desnudé, algo que, en mi propia casa, sólo podía hacer en la alcoba o en el baño.

(ELLA se vuelve hacia ÉL. Le mira fijamente, con amargura.)

ÉL.- (Desabrido.) ¿Qué miras? ¿Tengo monos en la cara?

ELLA.- ¿Recuerdas aquel brindis secreto? Yo brindé por que algún día pudiera vivir en un lugar como éste.

ÉL.- ¿A cuento de qué sacas a relucir aquello?

ELLA.- Era un paraíso. El Paraíso. Lo ha sido durante años. Ya no lo es.

ÉL.- Tampoco nosotros somos los de entonces.

ELLA.- Hemos cambiado, sí.

ÉL.- ¿Otra vez la misma canción?

ELLA.- No. Ya no. Dejemos el pasado como está. Ahora, lo que me preocupa es el futuro... Mi futuro, quiero decir.

ÉL.- ¿Tu futuro? ¿Sólo el tuyo?

ELLA.- ¿Te parece extraño?

ÉL.- Francamente, sí.

ELLA.- He dejado de imaginarme un futuro compartido contigo. No lo deseo.

ÉL.- (Dejando el vaso en el suelo y poniéndose de pie.) Insinúas... **(ELLA asiente.)** Estás proponiendo que nos separemos.

ELLA.- (Muy bajo, con miedo.) Sin gritos, sin escándalo.

ÉL.- Sabes de sobra que por ahí no paso.

ELLA.- Lo tengo decidido.

(ÉL la abofetea. ELLA, sorprendida por una acción que no esperaba, queda paralizada. Luego, se lleva la mano al rostro. Al fin, habla.)

ELLA.- No soy una cualquiera. A estas alturas, no te pido que me quieras, pero no puedo tolerar lo que has hecho. Tengo derecho a que me respetes. ¡Te lo exijo!

ÉL.- Te lo has ganado a pulso.

ELLA.- ¿Así piensas retenerme a tu lado?

ÉL.- Es una advertencia.

ELLA.- ¿Me darás otra bofetada si insisto?

ÉL.- Las que hagan falta.

ELLA.- Me das asco.

ÉL.- No juegues con fuego.

(ELLA retrocede hasta la mesa y pulsa el timbre. Cuando la ASISTENTE regresa, la figura de ÉL se ha desvanecido.)

ASISTENTE.- ¿Qué ha decidido? ¿Arroja la toalla o seguimos adelante?

(ELLA deposita su documento de identidad sobre la mesa.)

ASISTENTE.- De acuerdo. **(Coge el carnet y anota los datos en un cuestionario.)** ¿Es este su actual domicilio?

ELLA.- Sí.

ASISTENTE.- Treinta y tres años. **(ELLA asiente.)** ¿Se casó...?

ELLA.- El mes que viene hará diez años.

ASISTENTE.- ¿Tiene estudios?

ELLA.- Me licencié en Historia.

ASISTENTE.- Antes ha dicho que trabaja...

ELLA.- En una editorial. Tal vez lo deje pronto.

ASISTENTE.- ¿Por qué? ¿No le gusta lo que hace?

ELLA.- Me apetece cambiar. No quiero hacerme vieja en él.

ASISTENTE.- Voy a hacerle algunas preguntas. Responda únicamente sí o no.

ELLA.- ¿Es un test?

ASISTENTE.- En efecto. Dígame: ¿Le impide ver a su familia?

ELLA.- No.

ASISTENTE.- ¿Y tener relaciones con los demás?

ELLA.- Verá, justamente ahí...

ASISTENTE.- ¿Sí o no?

ELLA.- Sí.

ASISTENTE.- ¿Valora lo que hace?

ELLA.- ¡Odia que trabaje!

ASISTENTE.- Insisto, debe contestar...

ELLA.- Perdón, perdón... Ya sé: sí o no. La respuesta es no. ¡Desde luego que no!

ASISTENTE.- ¿Controla sus gastos?

ELLA.- Hasta el último céntimo. **(Rectifica.)** Sí.

ASISTENTE.- ¿Atiende sus necesidades materiales?

ELLA.- Solo las que él considera...

ASISTENTE.- ¿Sí o...?

ELLA.- Digamos que no, que no las atiende.

ASISTENTE.- ¿Decide por usted?

ELLA.- Casi siempre.

ASISTENTE.- ¿Le pide explicaciones de lo que hace?

ELLA.- Sí. Y me acusa de equivocarme en todo, de no ser capaz de dar un paso sin su ayuda... No le importa dejarme en mal lugar delante de la gente.

ASISTENTE.- Vamos, vamos... No se acalore.

ELLA.- Perdón de nuevo. Continúe, por favor.

ASISTENTE.- Supongo que la respuesta es obvia. ¿La considera torpe?

ELLA.- Sí.

ASISTENTE.- **(Alzando la vista.)** ¿Lo es?

ELLA.- ¿Se lo parezco?

ASISTENTE.- **(Volviendo al cuestionario.)** Desde luego que no. ¿Su marido es bebedor?

ELLA.- No suele emborracharse, si es a lo que se refiere.

ASISTENTE.- ¿Ponemos que no?

**(ELLA se encoge de hombros. La ASISTENTE duda.
Deja la casilla correspondiente en blanco.)**

ASISTENTE.- Y usted, ¿bebe?

ELLA.- Como él.

ASISTENTE.- **(Dejando el bolígrafo sobre la mesa.)** Quedan pocas preguntas. Tal vez pueda hacer un pequeño esfuerzo por ajustarse a las normas.

ELLA.- Me es difícil responder sí, no, sí, no, sí, no... Hay otras respuestas menos rotundas. Esas son las que quisiera dar. Si fuera posible, claro.

ASISTENTE.- ¿Cómo ayudarla si lo ignoro todo de usted? Ayúdeme a conocerla. Después tendremos tiempo de conversar relajadamente, de que usted matice sus respuestas. ¿De acuerdo?

ELLA.- De acuerdo.

ASISTENTE.- (Reanudando las preguntas.) ¿Le es infiel su marido?

ELLA.- No, que yo sepa. **(Hace un esfuerzo por ser más precisa.)** Bueno, creo que no.

ASISTENTE.- ¿Ha intentado averiguarlo?

ELLA.- ¿Debería haberlo hecho?

ASISTENTE.- No, por supuesto que no, si no ha tenido motivos para ello. Antes me dijo que los malos tratos empezaron hace más de un año.

ELLA.- Sí.

ASISTENTE.- ¿Suelen venir precedidos de insultos y de amenazas?

ELLA.- Los insultos y las amenazas son continuos.

ASISTENTE.- Debió acudir a nosotros mucho antes.

ELLA.- Al principio me decía: pasará. Estaba equivocada.

ASISTENTE.- Puede aportar testigos de los malos tratos, supongo.

ELLA.- No, creo que no, pero aunque los hubiera no me gustaría mezclarlos en esto.

ASISTENTE.- Sería conveniente unir sus testimonios a los informes clínicos...

ELLA.- ¿A qué informes se refiere?

ASISTENTE.- ¿Me está diciendo que ningún médico ha examinado sus lesiones?

ELLA.- ¿Qué lesiones?

ASISTENTE.- Cuando la pega...

ELLA.- Nunca me había puesto la mano encima.

ASISTENTE.- Hasta hoy.

ELLA.- Hasta hoy, eso es.

ASISTENTE.- ¿Qué le ha hecho?

ELLA.- Darle una bofetada.

ASISTENTE.- Una bofetada...

ELLA.- (**Muestra la mejilla.**) Me ha dejado los dedos marcados.

ASISTENTE.- Ya no se aprecia ninguna señal.

(Se produce un largo silencio durante el cual la ASISTENTE, pensativa, repasa el cuestionario.)

ASISTENTE.- ¿Se considera una mujer maltratada?

ELLA.- Sí.

ASISTENTE.- ¿De veras?

ELLA.- Sí.

ASISTENTE.- Sin embargo, ha tardado mucho en decidirse a denunciarlo.

ELLA.- Ya le he dicho por qué. Durante algún tiempo confíe en que la situación cambiaría.

ASISTENTE.- ¿Ha hecho algo por su parte para que fuera así?

ELLA.- No era fácil.

ASISTENTE.- ¿Lo intentó, al menos?

ELLA.- En alguna ocasión.

ASISTENTE.- No parece que insistiera mucho.

ELLA.- ¿Qué importa ahora eso?

ASISTENTE.- ¿Me permite unas palabras y algún consejo? (**Sin aguardar el consentimiento de ELLA.**) La pareja perfecta no existe. Antes o después surgen problemas que ponen en peligro su estabilidad. Es inevitable. A veces sucede al principio, durante los primeros meses de matrimonio.

ELLA.- No es mi caso.

ASISTENTE.- Su caso, por lo que deduzco, es uno más de los que los anglosajones llaman la crisis del séptimo año. Es cuando la rutina hace su aparición. Hay que enfrentarse

a ella. ¿Cómo? La comunicación es esencial. El silencio es el mayor enemigo de la pareja. Es imprescindible hablar, hablar sin parar. La conversación facilita la convivencia, créame. Evita los malentendidos. Los malentendidos son como la cizaña. Se multiplican a velocidad de vértigo y envenenan las relaciones. También hay que revisar las reglas que rigen la vida en común. No son eternas. Por mucho que nos empeñemos, hemos ido dejando de ser los que éramos. Incluso amamos de otra manera. O hemos dejado de amar. El amor tampoco es eterno. Pero, para cuando falla, nos queda una tabla de salvación.

ELLA.- ¿Cuál?

ASISTENTE.- El afecto. Con afecto se puede continuar la andadura sin demasiados sobresaltos.

ELLA.- Mi situación tampoco tiene que ver con esa crisis del séptimo año que usted menciona. Es distinta.

ASISTENTE.- Cuando nos tocan de cerca, convertimos los contratiempos en tragedias y nos empeñamos en resolverlos por la tremenda.

ELLA.- ¿A qué llama contratiempo?

ASISTENTA.- Esa bofetada que tanto parece haberle dolido...

ELLA.- Es la gota que ha colmado el vaso. En mi matrimonio no hay amor, ni afecto...

ASISTENTE.- Sin embargo, los hubo.

ELLA.- Hace mucho.

ASISTENTE.- ¿Cuánto?

ELLA.- Mucho.

ASISTENTE.- Y todo se fue a pique de golpe.

ELLA.- En muy poco tiempo.

ASISTENTE.- (Acudiendo al lado de ELLA.) ¿Por qué? ¿Qué pasó? Hábleme de ello.

ELLA.- No he venido a contarle mi vida. A estas alturas, solo pretendo denunciar a mi marido por malos tratos y perderle de vista cuanto antes.

ASISTENTE.- Necesito su colaboración. ¿Cómo podré ayudarle, si no?

ELLA.- Usted no quiere ayudarme. A usted le gustaría convencerme para que vuelva a casa.

ASISTENTE.- ¿Por qué no, si eso fuera lo mejor?

ELLA.- ¡Ceder! ¡Ceder! ¿Esa es su receta?

ASISTENTE.- A veces, ceder no es tan malo. Siempre mejor que perder, desde luego.

ELLA.- ¡Estoy harta de ceder y de perder! Lo uno conduce a lo otro.

ASISTENTE.- ¿Desconfía de mí?

ELLA.- ¿Para qué negarlo?

ASISTENTE.- ¿No habrá otros motivos para su reserva?

ELLA.- ¿Cuáles?

ASISTENTE.- No sé... El temor a que lo que me cuente se vuelva contra usted, que, en alguna medida, sirva de atenuante a la conducta de su marido.

ELLA.- ¡Nada puede justificarla!

ASISTENTE.- Lamento que se haya formado de mí una imagen equivocada. Me gustaría poder romper la coraza con que se protege. Pero no es ese mi cometido.

(La ASISTENTE vuelve a la mesa e introduce el cuestionario en una carpeta.)

ELLA.- Ahí tiene anotado que llevo diez años casada y que no tengo hijos. ¿No le interesa saber por qué?

ASISTENTE.- ¿Va a decírmelo?

ELLA.- A los tres años de matrimonio, me convencí de que no los tendríamos. Fue muy duro.

ASISTENTE.- ¿Los deseaban?

ELLA.- No era un objetivo prioritario, pero tampoco hacíamos nada por evitarlos. La casa era pequeña y acogedora. Me gustaba por eso y por el silencio. Era un gozo. Pero no me molestaba la idea de compartirla con un nuevo inquilino. Pensando en él, en cuando llegara, mi marido y yo decidimos donde pondríamos la cuna. Buscamos un sitio para sus juguetes. Reservamos espacio en el armario para su ropa. No estaba embarazada y ya me

le imaginaba andando a gatas por la sala. Casi sin darnos cuenta, habíamos acotado su territorio. Cuando salía a la calle, escuchaba las voces de los recién nacidos. Me esforzaba por memorizarlas, sobre todo su tono. Luego, en casa, las repetía para comprobar el impacto que producía en el silencio. No molestaban. Al contrario. Nada había cambiado a nuestro alrededor y, sin embargo, todo empezó a tener cierto aire de provisionalidad. Cualquier cosa que hubiera que hacer, cambiar una estantería, poner una planta en la entrada, colgar un cuadro, quedaba para después. Pero el después no llegaba. El embarazo se retrasaba más de lo previsto. Mis visitas al ginecólogo fueron espaciándose. Él jamás pisó una consulta a pesar de ser médico. No renunciamos a tener un hijo, pero cada vez poníamos menos empeño en conseguirlo. Nuestro sueño se convirtió en mi sueño y mi sueño, sin que me lo propusiera expresamente, en un proyecto abandonado. Pasaba muchas horas sola. Demasiadas. Cuando él se marchaba a la clínica, la casa se me venía encima. Empecé a verla como un caserón inmenso lleno de espacios vacíos. El silencio, que tanto había apreciado hasta entonces, me aturdí. La realidad es que vivía atrapada entre cuatro paredes.

ASISTENTE.- ¿No acudió al sicólogo? Existen terapias eficaces para superar ese tipo de situaciones.

ELLA.- Tenía a mi marido. A pesar de ciertos detalles, me negaba a aceptar que ya no fuera el hombre del que me había enamorado. Esperaba recibir de él el apoyo necesario para salir del bache.

ASISTENTE.- ¿Se lo pidió?

ELLA.- Sí.

ASISTENTE.- ¿Y...?

ELLA.- Me escuchaba con interés. Me daba la razón y me decía que ya pensaríamos algo. Eso, al principio. Luego empecé a tener la sensación de que no me prestaba atención, de que, mientras yo hablaba, él tenía la cabeza en otra parte. Era evidente que le molestaba que sacara a relucir el asunto. Si insistía, se irritaba. Llegué a la conclusión de que si no me preocupaba yo de organizarme, mi vida seguiría consistiendo en preparar desayunos, comidas y cenas, en decirle adiós cada mañana, en ocuparme de la casa, en aguardar su regreso y en cambiar cuatro palabras antes de acostarnos. Porque a eso se había reducido. La lectura, una de mis grandes pasiones, fue la droga que me ayudaba a soportar tanta mediocridad, a hacer frente a tanta rutina. Me refugiaba en ella y me aislaba durante algunas horas al día. Pero dejó de ser un placer.

Cuanto más leía, mayor era mi soledad. La televisión, ni me gustaba, ni me entretenía. El rechazo venía de lejos, de cuando vivía con mis padres. Estaba siempre encendida y a todo volumen y hacia aún más insoportable el alboroto de tantos como éramos. Sin embargo, en mis circunstancias, podía ser una ayuda. Probé. La casa se llenó de voces y de música. Voces y música que me aburrían. Todo me aburría, excepto las películas. Me recordaban los años en que frecuentaba las salas de cine y me aficioné de nuevo a ellas. La oferta de televisión me parecía escasa y poco interesante. Empecé a comprarlas. En las estanterías, los libros fueron cediendo espacio a las cintas de vídeo. Dejé de sentirme sola. La casa se llenaba de gente que entraba por la pantalla del televisor. Gente que hablaba y a la que yo escuchaba. Imagínese si estaba loca, que llegué a terciar, como si fuera la cosa más normal, en sus conversaciones. Es una costumbre que he conservado. Mi nombre no figura en los títulos de crédito, pero me he convertido en actriz invitada de cientos de películas. Perdón. Me parece que me estoy saliendo del guión.

ASISTENTE.- Bueno, al menos ya sé de alguien a quién pedir consejo antes de ir al cine.

ELLA.- Le advierto que tengo gustos muy raros.

ASISTENTE.- Estoy dispuesta a compartirlos. Pero volvamos al guión. ¿En que escena quiere retomarlo?

ELLA.- Olvide cuanto le he dicho. Debí haber empezado por el momento en que mi marido se mostró sin tapujos, como el miserable que es. Fue una tarde, cuando regresó de la clínica. En las semanas anteriores venía rondándome la idea de buscar algún trabajo. No me lo había planteado antes. Aunque en mi época de estudiante soñaba con dedicarme a la enseñanza o a la investigación, el matrimonio me distanció de esos proyectos. Los veía como algo lejano, como una de esas ideas que una aparca y que de pronto, un día, sin saber muy bien por qué, decides recuperar. Me interesé por las ofertas de empleo que publicaban los periódicos. Fue decepcionante. Me daba la sensación de que, por lo general, mis conocimientos estaban reñidos con lo que pedían. No obstante, hice varias llamadas. Descubrí que, más que mi formación, se interesaban por las razones por las que no había accedido al mercado laboral al cabo de tantos años de haber terminado la carrera. Cuando las daba, me decían, a veces con muy poca delicadeza, que no me consideraban la persona idónea para ocupar el cargo. A punto de tirar la toalla, se me ocurrió llamar a un amigo de mi marido que dirigía una editorial de libros de medicina. Le pregunté que, si llegado

el caso, podía ofrecerme empleo. Me dio alguna esperanza. Estaba contenta. Se lo conté a mi marido, segura de que también se alegraría. «¿Trabajo? ¿Para ti?», me dijo con cara de asombro. «Que ocurrencia tan absurda. Quítatela de la cabeza. No necesitas trabajar. Tienes todas las necesidades cubiertas». «Me hace ilusión», respondí. «¿En serio?», gritó. «Echo de menos...». No me dejó acabar. «¡Vaya por Dios! La señora echa de menos, ¿el qué?, ¿la calle, el bullicio?». Le parecía mal que yo trabajara. ¿Es tan absurdo que una mujer quiera trabajar?

ASISTENTE.- ¿Es en esa editorial en la que trabaja?

ELLA.- Sí.

ASISTENTE.- Su marido cedió, pues.

ELLA.- A la fuerza. El amigo de mi marido llamó algunos días después. A partir de la semana siguiente podía empezar a trabajar. Por suerte atendió él la llamada y no se atrevió a decir que no. No encontró excusas. Le dio las gracias en mi nombre. Pero en cuanto colgó, escupió todo lo que le vino a la boca. Un exabrupto detrás de otro. Y una advertencia. «Si vamos cada uno por nuestro lado, acabaremos mal. Aquí no hay más que un camino». «¡El tuyo!», aventuré. «¡El mío, sí!» ¿Por qué su camino? Y otra sarta de barbaridades. ¿Quién me creía que era? «¿Licenciada? ¿Licenciada en qué? ¿En Historia? ¿Pero todavía existe esa carrera? ¿Sirve para algo? ¡No me lo digas! A ti, para ir por la vida dándotelas de sabia». Había perdido los papeles. Me sentí humillada. Aquella noche, repasé los años de vida en común. Fue como quitarme una venda de los ojos. Mis ansias por abandonar cuanto antes la casa de mis padres, me llevaron hasta él como me podía haber acercado a cualquier otro hombre que me hubiera inspirado la misma confianza. En mi confusión, llamé amor a lo que era gratitud. A partir de ese engaño fui tejiendo mi vida. A su lado me sentía libre y nunca me paré a pensar si verdaderamente lo era. Tenía cuanto necesitaba para ser feliz. O eso creía. Era pura apariencia. Cuanto más independiente me sentía, más atada estaba. Me di cuenta cuando por vez primera quise satisfacer un deseo propio y él se opuso. Fue espantoso comprobar que mi vida había sido como la de esos pájaros enjaulados que no se escapan cuando les dejan la puerta abierta y que, si salen al exterior, vuelan alrededor de la jaula y regresan enseguida. Me había habituado a estar siempre cerca de él. Tal era mi grado de dependencia, que había dejado de ser yo misma. Así era como él me quería. Sin ideas propias. Sin amigos. Los había perdido a todos. Lo triste es que ni siquiera los echaba de menos. Tengo la sensación de que no existieron jamás. No sabría decir dónde

guardo la agenda con sus direcciones y teléfonos. Desde que plantee la idea de trabajar, puso sus cartas boca arriba. No estaba dispuesto a consentirlo. No ha cesado de ponerme trabas, de humillarme, de intentar cortarme las alas. Es una lucha feroz. Feroz.

(ELLA calla. La ASISTENTE permanece en silencio unos segundos.)

ASISTENTE.- ¿Es todo? **(ELLA afirma con la cabeza.)** Estoy de acuerdo en que no tiene motivos para sentirse la mujer más feliz del mundo. ¿Pero reconocerá que tampoco está entre las más desgraciadas? **(ELLA hace un gesto de sorpresa.)** ¿Qué sabe usted de maltratos?

ELLA.- ¿Sugiere que soy una histérica?

ASISTENTE.- Lo que ha contado forma parte de la vida de cualquier pareja. Desacuerdos, pequeños roces, reproches mutuos... Cuestiones que, contempladas una a una, carecen de importancia. Solo cuando se exagera su importancia o se acumulan llegan a convertirse en una montaña insalvable.

ELLA.- Estoy hablando de un infierno conyugal.

ASISTENTE.- Está hablando de egoísmo y de intransigencia. Usted se empeñó en trabajar y lo ha conseguido. ¿No es suficiente?

ELLA.- No.

ASISTENTE.- Si hubiera tenido hijos, se habría dedicado a cuidarles. Nunca se le hubiera ocurrido buscar una ocupación fuera de casa. ¿No se ha planteado la posibilidad de adoptar un niño?

ELLA.- Eso mismo me propuso él cuando todavía no hacía una semana que me había incorporado al trabajo.

ASISTENTE.- ¿Era una mala idea?

ELLA.- Pésima.

ASISTENTE.- Sin embargo, usted quería tener un hijo.

ELLA.- Pero no lo tuve. Luego, cuando las circunstancias cambiaron, dejé de desearlo.

ASISTENTE.- Por no dar su brazo a torcer.

ELLA.- ¡Por lo que fuera!

ASISTENTE.- ¿Por qué arroja piedras contra su propio tejado? Por lo que cuenta, su marido no es un dechado de virtudes, pero tampoco es el monstruo que retrata. Ceda un poco. Saldrá ganando.

ELLA.- (**Levantándose.**) Es el último consejo que esperaba escuchar de usted.

ASISTENTE.- ¿Por qué antes de dar un paso de tanta trascendencia, no lo reflexiona durante algún tiempo? ¿Qué le parece si fijamos una nueva cita para dentro de unos días? Es posible que vea la situación de otra manera.

ELLA.- ¿Está casada?

ASISTENTE.- (**Sorprendida.**) ¿A qué viene esa pregunta?

ELLA.- ¿Está casada?

ASISTENTE.- Sí, lo estoy. Pero no comprendo que es lo que...

ELLA.- ¿Es feliz?

ASISTENTE.- No espere que le responda. Entre mis obligaciones, no figura la de informar sobre mi vida privada.

ELLA.- ¿Es feliz? ¿Sí o no?

ASISTENTE.- ¿Me está proponiendo que cambiemos los papeles?

ELLA.- ¿Va a contestarme?

ASISTENTE.- Claro que no.

(La ASISTENTE abandona su asiento visiblemente irritada y, tomándola del brazo, se dispone a empujarla hacia la salida.)

ASISTENTE.- Y ahora, si tiene la bondad...

ELLA.- (**Desasiéndose.**) ¿No le ha sucedido que alguna mañana, al vestirse para venir aquí, su marido la estuviera observando desde la puerta de la alcoba?

ASISTENTE.- Por favor, no insista.

ELLA.- (**Atajándole.**) ¿Nunca, al verla en ropa interior, ha hecho un comentario despectivo? Algo así como «¿dónde

piensas lucir tanto encaje?» o «¿es qué no tienes otro sujetador que te marque menos las tetas?».

ASISTENTE.- ¡Cállese de una vez!

ELLA.- ¿Por qué no lleva pulseras? ¿No le gustan o es que él le ha dicho que suenan como cencerros?

ASISTENTE.- ¡Basta!

ELLA.- A mí me ha sucedido todo eso y más. Cada vez que me pongo frente al espejo, detrás aparece reflejada su imagen, con una taza de café en la mano. A cada cosa que hago, ponerme las medias, ajustarme la falda, abrocharme la blusa, subir una cremallera, calzarme, peinarme, pintarme los labios, darme un toque de maquillaje, a cada cosa, una frase: «¿Ha vuelto la moda del ligero?», «¿Cuántas palmaditas te han dado ya en el trasero?», «¿No tienes una blusa menos transparente? ¡Pues póntela!», «¿Qué te propones con esos tacones, cimbrearte como las putas?», «¿Para quién te pintas así los morros?», «¿Hace falta ir de esa guisa para trabajar en una editorial?», « No me gusta nada ese chiringuito»... He perdido la cuenta de las veces que, a punto de salir a la calle, he tenido que cambiarme de ropa o de peinado o quitarme el maquillaje.

ASISTENTE.- Hace apenas tres horas, ese asiento estaba ocupado por una mujer a la que su compañero sentimental, después de golpearla y de amenazarla de muerte, le agarró del cabello, la arrastró hasta el cuarto de baño y le introdujo la cabeza en el inodoro.

ELLA.- ¿Por qué me cuenta eso? ¿Me considera una privilegiada entre las mujeres maltratadas?

ASISTENTE.- Lo es.

(La ASISTENTE regresa a la mesa y saca de uno de los cajones un cartucho de diapositivas. Lo instala en el proyector y apaga la luz. Activa un mecanismo que llena el fondo de pantallas. Sobre ellas se van proyectando, a ritmo pausado y en número creciente, fotografías de mujeres maltratadas. Rostros y cuerpos cubiertos de contusiones, heridas recientes sobre cicatrices antiguas, mordeduras, labios rotos, párpados hinchados... Cuando las proyecciones cesan, la estancia se ilumina de nuevo. ELLA no consigue apartar la mirada de los lugares ocupados hasta unos segundos antes por las imágenes. Cierra los ojos, pero da la sensación de que éstas permanecen todavía en su retina. Luego, como

**despertando de un mal sueño, se dirige hacia la salida.
Antes de franquearla, se vuelve hacia la ASISTENTE.)**

ELLA.- Al fin creo haber entendido. Si me hubiera presentado aquí llena de cardenales, escupiendo sangre o con el brazo roto, la acogida hubiera sido otra. Es una pena que sólo haya recibido una bofetada. Una caricia comparada con las palizas que han soportado esas desgraciadas. Pero a una mujer que ha sido humillada y maltratada psíquicamente hasta quedar convertida en una piltrafa, se le recomienda que no tire las patas por alto, que acepte a su pareja como es, que se comporte como si no pasara nada. En una ocasión, mi marido me dijo que la mujer fue el primer error de la naturaleza y que, por lo tanto, puede considerársela como el monstruo más veterano. Divertido, ¿verdad? Aunque no tanto como aquel comentario que le hizo a un amigo. « Querido, de cintura para abajo, tu mujer es como todas. Si el agujero sucio le huele a pescado, oblígala a que se de duchas vaginales». ¿Se puede convivir con un ser tan despreciable?

ASISTENTE.- ¿Quién le obliga? Es muy dueña de separarse.

ELLA.- Es lo que intento. Lo que sucede es que a él no le gusta la idea. La bofetada ha sido una advertencia para que no siga adelante. ¿Qué pasará si insisto? ¿Hasta dónde está dispuesto a llegar para evitarlo? No quiero saberlo. No quiero más insultos, ni más bofetadas. He venido en busca de protección.

ASISTENTE.- ¿Pretende conseguirla denunciándole?

ELLA.- Me hubiera gustado intentarlo.

ASISTENTE.- Si tiene tanto empeño, no seré yo la que se lo impida.

ELLA.- No ha hecho otra cosa desde que...

ASISTENTE.- Desde que he conocido su caso en detalle.

ELLA.- Ya sé. En su opinión yo no he sufrido malos tratos.

ASISTENTE.- Verá. Mi opinión importa poco. La que cuenta es la de quiénes han de juzgar la denuncia. Suponiendo que la crean, ¿qué espera que hagan por usted la policía o los jueces? ¿Qué la pongan escolta las veinticuatro horas del día? ¿Encerrar a su marido? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Unas horas, una noche? A lo sumo, le

impondrán una multa no demasiado elevada. Insuficiente para disuadirle de que la acose y la amenace. Y si usted se esconde, hará lo imposible por encontrarla. Si el juez es muy severo, le prohibirá que se acerque a usted a menos de cien metros. ¿Le prohibirá también que le llame a las cuatro de la mañana para insultarle? ¿Y qué si lo hace? ¿Quién se toma en serio esos castigos?

ELLA.- ¿Qué hacer entonces? **(La ASISTENTE se dispone a responder.)** ¡No! No me lo diga. Para mí no hay ninguna diferencia entre mi esposo y los que violan y apalean a sus mujeres. Si acaso, estética. Sin embargo, me planteo la conveniencia de seguir, en parte, los consejos que usted me ha ofrecido. Regresar a casa como si nada hubiera pasado. Sentiré cierta angustia al meter la llave en la cerradura. Pero no es una sensación nueva. La he experimentado otras veces. Luego, supongo que lo recomendable es abrirme de piernas antes de que él lo exija. Ese gesto puede ahorrar muchas discusiones sobre quién manda en casa y dejar muy claro que no tengo ninguna duda al respecto. Pero no sé si seré capaz de humillarme tanto. Creo que no. Estoy segura de que no. Así que es muy posible que la visite de nuevo. Ya he tomado buena nota de lo que se exige para presentar una denuncia por malos tratos. Traeré el correspondiente certificado médico. Puede que, además, deposite sobre su mesa unas bragas. Una bragas rotas, claro. Desgarradas y llenas de manchas. ¿Cree que será suficiente para que la denuncia prospere?

(ELLA sale antes de que la ASISTENTE tenga tiempo de reaccionar. Ésta coge el expediente y lo cierra.)

Escena II

Salón del apartamento recreado por ELLA en el acto anterior. Se advierte, en el mobiliario y en la decoración, la presencia de algunos detalles que no estaban presentes en su rememoración. También paredes y puertas tienen presencia física. La de acceso a la vivienda está al fondo, en el mismo lugar del escenario ocupado por la que ELLA cruzó tras su entrevista con la ASISTENTE Social.

Él está sentado en un sillón. En mangas de camisa, los botones superiores desabrochados y el nudo de la corbata caído, su aspecto es desaliñado. Enciende un cigarrillo. Arruga la cajetilla vacía y la arroja al suelo. Se sobresalta al oír el ruido de una llave en la cerradura. Apresuradamente, aplasta el cigarrillo sobre las colillas que colman el cenicero y se levanta. Permanece de pie en medio de la sala, pero, cuando la puerta de la calle se cierra, retrocede hasta la que comunica con el resto de las habitaciones y se apoya en el quicio. ELLA entra y deja el bolso en un sillón. Mira a su alrededor, como si no hubiera advertido la presencia de ÉL.

ÉL.- Te he llamado a la editorial. No estabas.

ELLA.- No.

ÉL.- Lo importante es que has vuelto. (ELLA le mira con indiferencia.) Me alegro por ti... Por los dos. Tenemos que hablar, ¿no crees? (Aguarda con impaciencia la respuesta.) ¿Por qué no te pones cómoda?

ELLA.- He venido a recoger mis cosas.

ÉL.- ¿Todavía enfadada?

(ELLA hace ademán de salir del salón, pero ÉL, que no se mueve, se lo impide.)

ÉL.- No seas así.

ELLA.- Déjame pasar.

ÉL.- (Acariciándola, amable.) Con una condición...

ELLA.- ¡No, por favor!

ÉL.- ¿Por qué no?

ELLA.- Estás loco.

ÉL.- Todavía estamos a tiempo...

ELLA.- De nada.

ÉL.- (Cogiéndola con fuerza por el brazo y zarandeándola.) De reconciliarnos.

ELLA.- En la cama.

ÉL.- En la cama, sí.

ELLA.- Suéltame. Me haces daño.

(Antes de que ELLA consiga zafarse, ÉL la abraza violentamente e intenta besarla. Tras ofrecer alguna débil resistencia, se deja hacer. ÉL la besa en el cuello, en el pelo, en los ojos, en la boca... La pasividad de ELLA, le desespera.)

ÉL.- (Separándose ligeramente.) ¡Así, no!

(ÉL trata de acosarla de nuevo, pero ELLA le empuja suavemente con las manos.)

ELLA.- No insistas.

ÉL.- ¡Podemos llevarnos bien, volver a ser felices!

ELLA.- Demasiado tarde.

ÉL.- ¡Tu cometiste un error!

ELLA.- Nunca lo lamentaré bastante.

ÉL.- Sabes a qué me refiero.

ELLA.- (Intentando pasar.) Quítate de en medio.

ÉL.- Admito que yo también puedo haberme comportado de forma poco correcta.

ELLA.- ¡Qué novedad!

ÉL.- Burlas, no.

ELLA.- Entonces, deja de decir tonterías. ¿Lo harás?

ÉL.- Sólo pretendo que entres en razón.

ELLA.- ¿Y para eso hay que ponerse baboso?

ÉL.- ¡Soy tu marido!

ELLA.- ¿Y qué? Hay maridos babosos.

ÉL.- ¡Insultos, no! ¿Por qué me provocas? ¿Qué buscas?

ELLA.- Que me dejes en paz.

ÉL.- No has escogido el mejor camino.

ELLA.- Contigo, ninguno es bueno. Si no te gusta oírme, quita de ahí.

ÉL.- Tus cosas se quedan donde están.

ELLA.- Me iré sin ellas.

ÉL.- Tú también te quedas.

ELLA.- No puedes obligarme.

ÉL.- Ya lo creo que sí. Podemos discutirlo, si quieres.

ELLA.- No tengo el menor interés.

(Parsimoniosa, con calculada serenidad, ELLA saca la cajetilla de tabaco del bolso, se acomoda en un sillón, enciende un cigarrillo y se cruza de piernas. Al principio, ÉL sigue todos sus movimientos con curiosidad. Luego, con estupor. No sabe como reaccionar. Durante unos instantes fija su mirada en la columna de humo que surge del cigarrillo. A continuación, trata de concentrarse en algunas inútiles actividades. Soporta molesto la mirada de ELLA y, sintiéndose ridículo, enseguida las abandona. Finalmente, no sabiendo qué hacer, dirige sus pasos hacia la puerta de la calle y se detiene cerca de ella. ELLA aún le observa en silencio durante un buen rato.)

ELLA.- ¿Hasta cuándo piensas estar ahí de pie, como un pasmarote? No te estoy pidiendo que te vayas. He perdido tanto tiempo a tu lado, que un poco más apenas importa. Lo pregunto por simple curiosidad. No hay prisa. Puedo esperar. Me he acostumbrado a tener paciencia. ¿Hoy no vas a la clínica? ¿O te pasa la consulta alguien? ¿Y mañana? ¿Cómo vas a resolverlo? Porque no irás a dejarme sola. Sería una imprudencia por tu parte. Temes que me vaya. Haces bien. No tardaría ni un minuto en coger la puerta y perderte de vista. Puedes amordazarme y atarme al sillón cada vez que salgas. Incluso cuando tengas que ir al baño. ¿No? ¿No te seduce la idea? ¿Qué tal una jaula? ¿Tampoco? ¿Qué otra cosa puedes hacer? ¿Contratar a un tipo para que me vigile? Es una solución, qué duda cabe. Aunque quién sabe de lo que es capaz una golfa como yo con tal de salirse con la suya.

(ÉL, a punto de perder los nervios, hace ademán de arrojar una figurilla de porcelana al suelo.)

ELLA.- (En tono suave.) Me pregunto qué es lo que esperas conseguir teniéndome secuestrada. Sea lo que sea, pierdes el tiempo.

ÉL.- ¡Me sacas de quicio! **(Acercándose a ELLA hasta casi tocarla.)** Cuéntame tus planes. ¿Qué pensabas hacer?

ELLA.- Tantas cosas... ¿Qué más te da?

ÉL.- ¡Quiero saberlo!

ELLA.- Averígualo.

ÉL.- ¡¡Dímelo tú!!

ELLA.- Apártate. Apesta.

(ÉL arroja la figurilla al suelo, la despoja del cigarrillo de un manotazo y, asiéndola por los brazos, la obliga a levantarse.)

ÉL.- ¿Hay otro? **(Interpretando el silencio de ELLA como afirmación.)** ¿Trabaja en la editorial? ¿Le conozco?

ELLA.- ¿De verdad tienes interés en saberlo?

ÉL.- ¿Te sorprende? ¿Tan raro es que un hombre quiera saber con quién se acuesta su mujer?

(ELLA se encoge de hombros. ÉL la mira fijamente a los ojos, tratando de leer en ellos.)

ÉL.- Le conozco, ¿verdad?

ELLA.- No lo creo.

ÉL.- ¿Cómo es?

ELLA.- Una persona agradable, creativa, liberal... Un amigo estupendo. Te refieres a eso, ¿no?

ÉL.- ¿Qué más?

ELLA.- En la cama es mejor que tú, si es lo que preguntas. ¿Sigo?

ÉL.- No.

ELLA.- Con él todo funciona. Como contigo, al principio. ¿Te acuerdas? He recuperado sensaciones olvidadas. Cuando me acaricia, cuando se adentra en mi cuerpo...

ÉL.- Ahórrate los detalles.

ELLA.- Sus manos no se pierden como las tuyas.

ÉL.- ¡Basta!

ELLA.- Saben orientarse y, cuando encuentran lo que buscan...

ÉL.- ¡Eres una puta!

ELLA.- Se recrea y yo tiemblo de la cabeza a los pies.

(ÉL la abofetea con ambas manos sin que ELLA haga nada por impedirlo.)

ELLA.- ¿Satisfecho?

ÉL.- ¡Desnúdate!

ELLA.- ¿Hay más?

ÉL.- ¡Desnúdate!

ELLA.- ¿Qué te queda por demostrar? ¿Qué el señor tiene los cojones bien puestos? ¿Qué esperas conseguir a las bravas? ¿Te lo digo? Lo de siempre. Otro fracaso. Miedo, impaciencia, jadeos, sudor, juramentos... Y la final, una gloriosa retirada. Y el silencio.

(Fuera de si, ÉL se abalanza sobre ELLA. Ruedan por el suelo. A un tiempo, trata de despojarla de la ropa y de forzarla. Inesperadamente, desiste y se pone en pie. ELLA, sorprendida por el brusco desenlace, permanece en el suelo.)

ÉL.- ¿Decepcionada?

ELLA.- **(Incorporándose.)** Violador de vía estrecha.

ÉL.- Me has mentido. No hay otro hombre en tu vida. No lo hay.

ELLA.- Lo habrá. No hay prisa. El día menos pensado, daré con alguien que me acepte como soy, que me quiera y

no me pida que renuncie a ser yo misma. Pero para entonces, ya no estaré contigo, de modo que no es asunto que deba preocuparte.

ÉL.- Yo que tú, me levantaría.

ELLA.- ¿Me has oído?

ÉL.- Estas hecha un adefesio.

(ELLA se levanta, se estira la falda y se atusa el pelo con las manos. ÉL, por su parte, se abrocha la camisa y se ajusta el nudo de la corbata.)

ÉL.- No tengo madera de carcelero. Ahí tienes la puerta. Puedes irte, si quieres. Pero antes piénsalo dos veces. Acabaría por lamentarlo. Si lo haces, te denunciaré por abandono del hogar. Debes saberlo. Confío, sin embargo, en que seas razonable. No podré comportarme, al menos por ahora, como si nada hubiera sucedido entre nosotros. Pero estoy dispuesto a ayudarte. Quizás llegué a perdonarte.

(ELLA llora en silencio.)

Escena III

El salón en penumbra. Al fondo, en una pantalla de regular tamaño, aparecen las imágenes distorsionados de un vídeo cuya cinta avanza a gran velocidad. ELLA regula con un mando a distancia la proyección. Cuando la reproducción se hace normal, se ven las últimas escenas de *Casa de muñecas*, aquellas en las que NORA y HELMER conversan, en su casa, en torno a una mesa. El sonido está tan bajo que no se les oye. ELLA sube el volumen hasta que las voces llegan nítidas.

HELMER.- Se ha abierto entre nosotros un abismo. Pero puede cerrarse, Nora.

NORA.- Tal como soy ahora, no puedo ser tu esposa.

HELMER.- Puedo cambiar.

NORA.- Quizás... si te quitan tu muñeca.

HELMER.- ¡Separarme... separarme de ti! No, no, Nora, no me hago a la idea.

(NORA se levanta y va a la alcoba. Coge el abrigo, un sombrero y un maletín de viaje que ya tenía preparado y regresa junto a HELMER. Deja el equipaje en una silla y se va poniendo las prendas.)

HELMER.- Nora, todavía no, todavía no. Espera a mañana.

NORA.- No pienso pasar la noche en casa de un extraño.

(ELLA hace avanzar la cinta durante unos segundos.)

HELMER.- Eres mi esposa.

NORA.- Cuando una mujer abandona el domicilio conyugal, como yo le abandono, las leyes, según dicen, eximen al marido de toda obligación. De todos modos, te eximo yo. No es justo que quedes atado de pies y manos no estándolo yo. Así, pues, absoluta libertad para los dos.

(NORA se quita el anillo y lo deja sobre la mesa.)

NORA.- Toma. Aquí tienes tu anillo. Devuélveme el mío.

HELMER.- ¿También eso?

NORA.- Sí.

(HELMER se pone de pie y deposita el suyo en la mano de NORA.)

HELMER.- Toma.

NORA.- Gracias. Ahora todo ha acabado. Ahí dejo las llaves.

(ELLA provoca un nuevo avance de la cinta.)

NORA.- Adiós.

(NORA coge el maletín, cruza la antesala y se dirige a la puerta. La abre, sale al exterior y la cierra de un portazo. HELMER se deja caer en una silla y oculta el rostro con las manos.)

HELMER.- ¡Nora, Nora!

(Levanta la cabeza y mira a su alrededor.)

HELMER.- ¡Se ha ido! ¡Para siempre!

(Se levanta y camina lentamente hacia el interior de la casa. ELLA rebobina la cinta y repite la proyección desde el momento en que NORA dice «adiós». A la palabra fin, siguen los títulos de crédito. ELLA permanece pensativa, sin apartar la mirada de la pantalla. Retrocede al momento en que NORA traspasa el umbral de su casa. Espera a que se la vea en primer plano para congelar la imagen. Se diría que ambas mujeres están frente a frente.)

ELLA.- Fuiste muy valiente, Nora. El portazo sonó tan fuerte... Fue como un aldabonazo en la conciencia de muchas mujeres. Nada de lo que dejaste atrás merecía la pena. ¿Qué necesidad tenías de soportar tantos y tantos insultos? Te llamó hipócrita, embustera... Hasta criminal. Claro que no todas las que sufren una situación parecida tienen el coraje de seguir tu ejemplo. Yo he estado a punto de hacerlo. Mis motivos coinciden con los tuyos. Tu esposo y el mío son tan parecidos... Casi como dos gotas de agua. Ese afán por ordenar nuestros actos, por someter nuestras vidas a su voluntad, por empeñarse en actuar como si fueran padres protectores y celosos... Pero no me iré aún. No, no temo sus amenazas. Que me denuncie, si quiere. Ni siquiera me impresiona cuando dice que prefiere matarme a que me vaya. No se atrevería. Es muy cobarde para eso. No me iré todavía porque es pronto. **(Hace una pausa.)** Cuando cerraste la puerta, él se desplomó sobre una silla y

te llamó. Tenía el aspecto de un animal herido. Fue una suerte que no escucharas su lamento, porque quizás hubieras vuelto. Parecía tan sincero... En una sola ocasión he sentido curiosidad por saber qué hiciste cuando te marchaste, qué fue de ti. Ocurrió mientras salía del teatro la única vez que he asistido a una representación de *Casa de muñecas*. Pero en la calle me crucé con la protagonista, una actriz sueca. Charlaba animadamente con un grupo de amigos. Estaba alegre. «Nora es feliz», me dije. «Es normal, después de tanta angustia. Se ha ido. Y es libre». El personaje y su intérprete quedaron asociados en mi mente durante años. Ahora que ya no lo están y en tu imagen sólo reconozco la de Nora, tampoco tengo interés por conocer tu destino. Una mujer capaz de tomar aquella decisión, tiene que haber salido adelante. ¿Me equivoco? En cambio, cada vez que contemplo a tu esposo, siento una profunda inquietud. A pesar de que sobran las razones para odiarle, siempre está a punto de conmovirme. Pero sucede algo que lo impide: se levanta y se aleja de la puerta. ¿Por qué? ¿Por qué no la abre y corre a tu encuentro? ¿Por qué no hace un último intento por retenerte? ¿Por miedo a que alguien le vea? ¿Por el qué dirán? ¡Qué importa! Se aleja de la puerta. Y de ti. Tú no lo viste, pero sucedió así. ¿Durante cuánto tiempo te echó de menos? ¿Esperó a convencerse de que nunca regresarías? ¿O buscó consuelo enseguida? Seguro que sí. Seguro que otra mujer ocupó tu lugar. Otra víctima. De nuevo, una muñeca en la casa a la que llamar «mi alondra, mi ardilla». Y a veces, como en broma, al ceder a sus caprichos infantiles, «niñita testaruda y manirrota». Me la imagino harta de ser un juguete, agobiada, anhelando salir de casa, y a él respondiendo: «¿Acaso no estás bien aquí, pajarito cantarín?». ¿Cuántas veces escuchaste tú esa misma frase? ¿Cuánto tardaste en descubrir que detrás de ella estaban los celos y el miedo a que te relacionaras con otra gente, que era una forma de decirte «eres mía y nada más que mía»? ¡Pobre mujer! Acusada, como tú, de ocultarle cosas, de guardar secretos inconfesables, de ser una criatura extraviada y sin brújula... No me cuesta trabajo adivinar el final de esa historia. Desencuentros y reproches mutuos zanjados con una orden tajante: «cierra el pico», y un rosario de prohibiciones. Tú, yo, esa mujer... Tres vidas repetidas salpicadas de sufrimientos que solo conocemos nosotras. De puertas afuera, todos ignoran que nuestros hogares son un infierno. Y es que nadie ha visto nunca, en nuestros rostros, señales de maltratos físicos. Las tres compartimos el privilegio de no saber lo que es una paliza. **(Guarda un breve silencio.)** Tú te fuiste y ella seguramente siguió tu ejemplo. ¿Sabes por qué yo no lo hago todavía? No quiero que nadie corra, con mi marido,

mi misma suerte. Haré cuanto esté en mis manos para que no haya otra mujer en su vida. Merece quedarse solo, cuando le abandone. Para conseguirlo, me he propuesto renunciar a ese privilegio del que disfrutamos. Pretendo que deje en mi cuerpo huellas de su violencia. Que pague por ello. Que no pueda repetir con nadie lo que ha hecho conmigo. Pero por más que lo intento, no logro hacerle pasar de las palabras a los hechos, que cambie los insultos por golpes. Pero algún día lo haré. Seguro.

(ELLA pulsa un botón del mando a distancia y la imagen de NORA se pone en movimiento. Privada de sonido, la acción parece reproducir una escena de cine mudo. Tan pronto como NORA cierra la puerta, ELLA interrumpe la proyección. Enciende la luz. Extrae la cinta del vídeo y la guarda en un cajón. Está vestida de calle, aunque se ha despojado de algunas prendas. La chaqueta está en el respaldo de un sillón, junto al bolso, y los zapatos, tirados en el suelo. Oye la puerta de la calle. Permanece de pie, como si también acabara de llegar a casa, y en esa postura le encuentra ÉL cuando entra en el salón.)

ÉL.- ¿Llegas ahora?

ELLA.- Has venido pisándome los talones.

ÉL.- Son más de las diez.

ELLA.- Casi y cuarto.

ÉL.- Sales a las ocho.

ELLA.- Hace una noche estupenda. Me apetecía pasear. Me he dado una buena caminata. Me ha gustado. Y además, andar es sano. Relaja. Así que no será la última. Se ha acabado el ir de casa al trabajo y del trabajo a casa a toda prisa. A partir de mañana, me levantaré un poco antes.

ÉL.- Ya madrugas bastante.

ELLA.- Pondré el despertador a las siete. Gano una hora.

ÉL.- Es absurdo.

ELLA.- Es una forma de salirse de la rutina.

ÉL.- ¿No te parece que acabarás pasando más tiempo fuera de casa que dentro?

ELLA.- No lo he calculado.

ÉL.- Deberías hacerlo.

ELLA.- Ya veré.

(ELLA recoge la chaqueta, los zapatos y el bolso, y se dirige al interior de la vivienda. Él la sigue con la mirada hasta que desaparece. Permanece pensativo, con gesto de preocupación. De pronto, se le ilumina el rostro. Se aproxima a la puerta.)

ÉL.- **(En voz alta.)** Hace mucho que no paseamos juntos. ¿Cuándo fue la última vez? ¿Te acuerdas?

ELLA.- **(Desde dentro, de mala gana.)** No.

ÉL.- Es igual. Nunca es tarde para recuperar las viejas costumbres. ¿No te parece? **(No obtiene respuesta.)** Mañana te recogeré en la editorial. A las ocho en punto.

(ELLA regresa. Él la recibe con una sonrisa.)

ÉL.- ¿Qué tal la idea?

ELLA.- No muy brillante, la verdad.

ÉL.- No te entusiasma...

ELLA.- Me apetece venir sola.

ÉL.- No es verdad. Te jode mi compañía.

ELLA.- También.

ÉL.- Lo siento. Pero tendrás que soportarla.

ELLA.- ¿A qué tantas molestias?

ÉL.- Sé lo que tengo que hacer.

ELLA.- **(Sentándose.)** No me cabe la menor duda.

ÉL.- ¿Te sientas?

ELLA.- **(Levantando los pies del suelo y mostrándolos.)** Estos piecitos necesitan descanso.

ÉL.- No es el momento.

ELLA.- ¿El momento de qué?

ÉL.- Hay que cenar...

ELLA.- Mis pies no tienen ningún inconveniente en que cenés. **(Dirigiéndose a sus pies, al tiempo que los mueve como si fueran títeres.)** ¿Verdad?

ÉL.- Muy amables.

(ÉL sale en dirección a la cocina. ELLA continúa hablando a los pies, que parecen escucharla atentamente y aplaudirle.)

ELLA.- Mañana, cuando este hijo de puta venga a buscarnos, nada de autobús, ni de metro. Daremos un paseo de verdad. Eso sí, a nuestro aire, como si él no estuviera. Sería estupendo que pudiéramos mantenerle a cierta distancia. La suficiente para que no nos llegue su aliento. Si hay que apretar el paso, lo apretamos. Si para darle esquinazo hay que cruzar una calle con el semáforo en rojo y correr entre los coches, lo haremos, aunque nos juguemos el tipo.

(ÉL regresa con cara de sorpresa.)

ÉL.- ¿Qué hay de cena?

ELLA.- Nada.

ÉL.- Estás de broma...

ELLA.- Mira en el frigorífico. Queda algo de embutido. También hay leche. Y zumo. Pero si lo prefieres, puedes salir a tomar algo.

ÉL.- ¿A la calle?

ELLA.- Las cafeterías están abiertas todavía.

ÉL.- No estoy en un hotel, querida. Estoy en mi casa.

ELLA.- Yo también y eso no me ha impedido picar algo antes de subir. ¿Por qué no encargas una pizza?

ÉL.- Sabes que no me gustan las pizzas y menos las que se piden por teléfono. Me tomaría una tortilla.

ELLA.- Las sartenes están en el armario de la derecha. Emplea la más pequeña. Cubre el fondo con aceite para que

no se agarre. La pones a fuego vivo y, mientras se clienta, bate bien los huevos. Con dos tienes bastante. No olvides la sal. Una pizca es suficiente. Los echas a la sartén y los dejas cuajar un poco. Luego, con el tenedor, doblas la tortilla. Si quieres, al batir los huevos, puedes añadir un poco de perejil picado.

ÉL.- (Conteniéndose.) He dicho que me tomaría una tortilla, no que vaya a hacerla.

ELLA.- ¿Quién va a hacerla?

ÉL.- Por supuesto que tú.

ELLA.- Entonces, me temo que hoy no cenarás tortilla.

ÉL.- ¿Quieres decir...?

ELLA.- Que esta mañana, esta cocinera decidió tomarse el día libre y que la experiencia le ha gustado.

ÉL.- ¡Vaya!

ELLA.- Tanto que, mientras paseaba, consideró que ya son muchos los años que lleva ejerciendo ese oficio y que va siendo hora de dejarlo. De modo que, si pretendes seguir comiendo en casa, conviene que te surtas de latas y de platos preparados o que vayas acostumbrándote a cocinar.

ÉL.- Haciendo tortillas a la francesa.

ELLA.- Es una buena manera de entrar en materia.

ÉL.- No lo sé. Tengo mis dudas. Aunque no lo has dicho, antes de batir los huevos, hay que cascarlos. Tú estás acostumbrada, pero yo soy un principiante. Quizás rompa muchos. Es mejor que sigas ocupándote de esos menesteres.

ELLA.- Estoy cansada y harta.

ÉL.- ¿De qué? **(ELLA va a responder.)** No me lo digas. De trabajar en exceso.

ELLA.- ¿Es un chiste?

ÉL.- En serio... ¿Quién puede decir de ti que seas una mujer ociosa? No paras. La casa, la editorial... Sobre todo la editorial. Siete años dejándote la piel en ella. ¿Para conseguir qué? Nada de nada. Han pasado siete años y sigues haciendo lo mismo que el primer día. ¿Es que no sirves para otra cosa?

ELLA.- Me gusta lo que hago.

ÉL.- Reconozco que no eres una lumbrera, pero te conformas con poco. Va siendo hora de que defiendas tus intereses, y a que tú no lo haces.

ELLA.- Vete a la mierda.

ÉL.- No quiero que sigas trabajando para esa gentuza.

ELLA.- No es asunto tuyo.

ÉL.- Hablaré con ellos. Les diré a la cara lo que pienso del trato que recibes.

ELLA.- Ni se te ocurra. Harías el ridículo.

ÉL.- (Tras una rápida reflexión.) Totalmente de acuerdo. Puede que se rían de mí. Claro que puede que se rían de mí. A mandíbula batiente. No me sorprendería que nuestro común amigo, el gilipollas aquél que te dio el trabajo creyendo que me hacía un favor, me dijera algo así como, «vaya ya era hora de que vinieras a llevarse a ésta, no veíamos la forma de quitárnosla de encima, un muermo, lo que se dice un muermo...» Y yo no tendría más remedio que contestarle, «¿qué me vas a decir que yo no sepa?».

ELLA.- Me parte el corazón tanto aprecio por tu parte. Eres un cerdo. Pero voy a echarle una mano. No es necesario que te pases la noche dándole vueltas a la cabeza sobre la estrategia a seguir. Seguro que se te ocurriría cualquier bobada, algo así como que dejo el trabajo porque estoy embarazada.

ÉL.- No sería mal pretexto.

ELLA.- ¿Lo ves? ¡Que derroche de imaginación! Busca otro...

ÉL.- ¿...?

ELLA.- Argumento. Ese no funciona. En la editorial saben que no podemos tener hijos.

ÉL.- ¡¿Les has dicho...?!

ELLA.- Que eres impotente.

ÉL.- (Furioso.) ¿De eso habláis en ese basurero?

ELLA.- Hay otros temas de conversación.

ÉL.- Guarradas. Guarradas y más guarradas. Te gustan. Eso te va. Tú, la más garra. Tienes la cabeza llena de mierda y te sale por la boca. Dan ganas de vomitar.

ELLA.- Es una suerte que tengas el estómago vacío.

ÉL.- La suerte es que seas estéril, que no haya niños en la casa que soporten tus groserías. Hablas como las fulanas.

ELLA.- ¿Cómo hablan las fulanas?

ÉL.- Te has vuelto vulgar, descarada...

ELLA.- ¿Cómo hablan las fulanas?

ÉL.- Yo con las fulanas no hablo, follo.

ELLA.- Entonces no digas que hablo como ellas. Di que follo como ellas.

ÉL.- Has caído muy bajo, querida.

ELLA.- Hasta dónde tú me has empujado. Ni un palmo más.

ÉL.- En mala hora cedí a aquel absurdo capricho.

ELLA.- Fue de mala gana y a cambio de hacerme la vida imposible. Sermones. Dolores de cabeza...

ÉL.- ¡Mentira! Por un oído te entraban y por el otro te salían. Me dejabas con la palabra en la boca y te ibas a la cama.

ELLA.- Tú seguías gritando.

ÉL.- Y tú metías la cabeza debajo de la almohada.

ELLA.- Me dabas miedo.

ÉL.- ¡Nunca te puse la mano encima!

(Ambos se miran en silencio. Lo rompe ÉL con voz queda.)

ÉL.- Nunca.

ELLA.- Eras cruel.

ÉL.- Me faltó energía para enderezarte. Ya no tiene remedio. La cabra tira al monte.

ELLA.- Déjala que paste a gusto.

ÉL.- ¡Quia! La muy golfa se dedica a otros menesteres muy poco edificantes.

ELLA.- Por ejemplo...

ÉL.- A revolcarse en el fango sólo para salpicarme. Y por ahí no paso. Ya no pienso en hacerla entrar en razón. Pero sí en atarla corto. **(Le ofrece tabaco.)** ¿Fumas?

(ELLA rechaza el ofrecimiento. ÉL, aparentando una serenidad que no tiene, enciende un cigarrillo.)

ÉL.- Por de pronto, vamos a introducir algunos cambios en nuestras vidas. Esa oficina no es un lugar muy recomendable... **(ELLA va a protestar.)** Lo digo por lo que tú misma cuentas cuando te da por joderme.

ELLA.- ¡Cabrón!

ÉL.- Lo siento por esa pandilla de yuppies de medio pelo. Que cortejen a su puta madre. Se acabó el chollo. A mojar las plumas en otro tintero. **(ELLA se levanta y se dirige hacia las habitaciones interiores.)** ¿A dónde vas?

ELLA.- **(Bostezando.)** A dormir.

ÉL.- No he terminado.

ELLA.- Termina tú solo. Me aburro.

ÉL.- ¡Estoy hablando de tu trabajo!

ELLA.- No te gusta porque me paso el día retozando con unos y con otros. A mi empieza a no gustarme tampoco. Van demasiado lejos. Son insaciables. Les das un pie y se toman la mano... La mano, no. Se toman todo. Son como pulpos.

ÉL.- Ahórrate los detalles.

ELLA.- Mañana no iré a trabajar. Diré que estoy enferma.

ÉL.- **(Desconfiado.)** Sí lo hicieras...

ELLA.- Y pasado, tampoco. Es posible que no vuelva a poner los pies allí.

ÉL.- ¿Hablas en serio?

ELLA.- Al carajo con ellos. Que se busquen otra puta. ¿No es eso lo que quieres?

ÉL.- **(Confundido.)** Sí... No exactamente. Yo no he dicho que seas una puta.

ELLA.- Sí lo has dicho. No una, sino varias veces.

ÉL.- Puede que me haya expresado mal. ¡Vaya! Lo que ahora importa es que estamos de acuerdo en algo. Eso no resuelve nuestros problemas, pero...

ELLA.- Imagino que con mi experiencia y este palmito no me será difícil conseguir otro empleo.

ÉL.- ¡No tienes que salir de casa para encontrarlo!

ELLA.- ¿Me estás haciendo una oferta de trabajo?

ÉL.- Tu sitio está aquí.

(ELLA recorre el salón como si fuera la primera vez que está en él. Mira todo con detenimiento. Pasa el dedo por los muebles y hace gestos de desaprobación.)

ELLA.- Suciedad por todas partes. A saber la porquería que hay debajo de los muebles. Huele a cerrado. No me gusta el ambiente. Nada. Esa luz mortecina... Seguro que encuentro algo más interesante.

ÉL.- No consentiré que vuelvas a las andadas.

ELLA.- (Llevándose la mano derecha a la sien remeda un saludo militar.) Está bien. ¿De qué tendría que ocuparme? ¿De la cocina, de la limpieza...? ¿De algo más? ¿De ponerme de felpudo cuando llegues a casa?

ÉL.- (Furioso.) ¡Me cago en Dios!

ELLA.- ¿De limpiarte el culo? ¿De tocarte los cojones?

(ÉL se va hacia ELLA y se detiene sin llegar a tocarle. Apenas unos centímetros separan sus rostros, tenso el de ELLA, el de ÉL inflamado.)

ÉL.- ¡Basta ya!

ELLA.- Dedicación exclusiva, llaman a eso.

ÉL.- Me das asco.

ELLA.- Y todo por la cara.

ÉL.- ¡Cállate!

ELLA.- Si quieres que trabaje para ti, tendremos que ponernos de acuerdo en unos cuantos detalles.

ÉL.- ¡Ni una palabra más!

ELLA.- ¿Qué hay del salario, de la jornada laboral, de los días libres, de las vacaciones?

ÉL.- ¡No sigas!

ELLA.- Quiero ganar lo mismo que en la editorial, qué menos. **(Hace una pausa.)** La cama aparte.

ÉL.- ¡¡Perra!! ¡¡Maldita perra!!

(ELLA le escupe. ÉL le coge la cara entre las manos y amenaza con aplastársela. Deja de presionar. Tras unos instantes de duda, la ase por el pelo y la empuja con fuerza lejos de su alcance. Tiene la respiración alterada. Se limpia el rostro con un pañuelo. Lo guarda y permanece frente a ella con las manos en los bolsillos. Poco a poco se va serenando.)

ÉL.- **(Con tono paternal.)** No te portas bien, nada bien.

ELLA.- ¡No pares! **(Ofrece el rostro.)** Sigue. Dame de hostias hasta que se te rompan las manos.

ÉL.- ¿Por qué?

ELLA.- Porque... No sé. **(No acierta a responder.)** Tienes que hacerlo... Un hombre tiene que demostrar que lo es...

ÉL.- ¿Cómo?

ELLA.- ¡¿Cómo?! ¡¿Cómo?! Te escupo, te insulto... Lo aguantas todo. Otro me hubiera partido la cara.

ÉL.- Otro.

ELLA.- ¡Tú, no!

ÉL.- Cada cual tiene su receta.

ELLA.- No me voy a dar por vencida.

ÉL.- Insistes, insistes...

ELLA.- Puedo llegar mucho más lejos.

ÉL.- ¿Qué harás ahora para provocarme? ¿Anunciarte en las páginas de contactos? ¿O ya lo haces?

ELLA.- ¡Canalla!

ÉL.- Ánimo... ¿Vas a venirte abajo? ¿Qué planeas ahora? ¿Qué te traes entre manos? (**ELLA se muestra desarmada.**) ¿Quieres un consejo, muñeca? ¡Desiste! Llegues a dónde llegues, hay una raya que nunca voy a pasar.

ELLA.- ¡Maldita sea! ¡No me llames muñeca! ¡No soy un juguete!

ÉL.- ¡Lo eres! Una muñeca desobediente y perversa.

ELLA.- ¿Por qué no me rompes, entonces?

ÉL.- Es lo que tú quieres...

ELLA.- ¿Así, pues...?

ÉL.- Me has declarado la guerra. Adelante. Llevas todas las de perder. Voy a por ti. Me das lástima. Una guerra fea, sucia... Como todas... Pero sin sangre. Una guerra de salón.

ELLA.- No puedes hacerme esto. Me ha costado mucho fingir lo que no soy.

ÉL.- Mala estrategia la tuya. En fin... (**La mira con ternura.**) Es tarde. Acuéstate.

ELLA.- (**Derrotada.**) Sí.

ÉL.- Hasta mañana.

ELLA.- Adiós.

(**ELLA sale. ÉL enciende otro cigarrillo. Le oye trajinar dentro.**)

ÉL.- (**En voz alta.**) ¿Estás en la cama?

VOZ DE ELLA.- No, en el baño.

ÉL.- ¿Sabes qué? Me tomaría esa tortilla a la francesa... ¿Es posible?

(**La respuesta tarda en producirse. El estallido de un espejo golpeado por un objeto contundente, portazos, golpes en las paredes, ruido de platos rotos... ÉL escucha impasible. Sigue fumando con delectación.**)

Escena IV
(Imaginada por ella)

La luz va iluminando los sucesivos espacios recreados por ELLA en que tienen lugar los hechos que imagina.

Sentada frente a una mesita con espejo, de espaldas al público, se maquilla.

ELLA.- Al empezar la película, la actriz tenía la misma edad que el personaje que interpretaba. Estaba claro que no tuvo tiempo de envejecer en los dos meses de rodaje. Pero la acción discurría a lo largo de quince años de la vida de la protagonista. A eso hay que añadir que aparecían escenas retrospectivas mostrándola cuando era una jovencita. Parece lógico que, en tales casos, sean varias actrices las que hagan el mismo papel para reflejar mejor los cambios de edad. No sucede así, sin embargo. Tampoco en aquella película. La actriz era siempre la misma. Abundaban los primeros planos. En muchos, el rostro de ella ocupaba toda la pantalla. Lo sorprendente era que, a pesar de que se percibía cada arruga, cada milímetro de su piel, como si se la observara a través de una lupa, las edades que representaba eran creíbles. Aquello me convenció de que esa proximidad permitía captar mejor su estado de ánimo y hasta adivinar, si se miraba atentamente a sus ojos, sus pensamientos sin necesidad de que ella los describiera. Sabía que todo era pura apariencia. Los maquilladores habían hecho su trabajo y la actriz usó su talento para fingir. Mi pregunta era si esa capacidad de transformación que daba a su trabajo visos de realidad, consistía en un privilegio reservado a los actores. Ya sabía que todos podemos disfrazarnos. Yo lo había hecho alguna vez, por broma, en el colegio o durante los carnavales. De repente, sentí deseos de experimentar ese fenómeno. No me atrevía a llamarlo milagro, aunque estaba convencida de que lo era. Sentí deseos, digo, de pintar mi rostro, de tal manera que el artificio no sólo pasase desapercibido, sino que mostrase mejor que mi propio rostro limpio de cosméticos, lo que de verdad soy y lo que siento. Los deseos se convirtieron en obsesión. Me hablaron de usted. Quiénes le conocían, le consideraban un maestro en el arte del maquillaje. Es tan hábil, me dijeron, que su trabajo no se limita a convertir al actor en personaje. Lo que pone ante las cámaras tiene más

de auténtico ser humano que de criatura ideada por el guionista. Justo lo que yo pretendía. Servirme del maquillaje para revelar lo que anido en mi interior, lo que de verdad es mi vida. Fue muy amable conmigo al tomarme como alumna. No creo haber sido torpe en el aprendizaje. ¿No cree?

(ELLA se levanta y se vuelve. Su rostro muestra las marcas de quien ha sufrido una brutal agresión física. Deposita los productos de cosmética en una bolsa de grandes almacenes. Luego, se pone el abrigo y oculta sus ojos tras unas gafas de sol.)

(Fotomatón. Tras la cortinilla cerrada se suceden varios destellos breves e intensos producidos por el flash. Cuando cesan, la cortinilla se abre y ELLA sale. Se pone de nuevo las gafas y permanece junto a la cabina esperando con impaciencia a que las fotos aparezcan en el cajetín. Cuando al fin están en su poder, las examina precipitadamente, las guarda en el bolso y se aleja a toda prisa.)

(Alcoba en el apartamento. Armario ropero con las puertas entornadas. En el suelo, una maleta abierta. Dentro y alrededor, ropa femenina y algunos objetos. Entre ellos, una cinta de vídeo. En una silla hay un bolso, algunos papeles y, doblado sobre el respaldo, un abrigo. Fuera se oye correr, durante unos segundos, el agua de un grifo. Al cabo, ELLA entra a medio vestir, secándose la cara con una toalla. Se contempla, limpia de maquillaje, en el espejo interior del armario. Luego examina lo que hay en él. Descuelga algunos vestidos. Unos van a la maleta, junto a las demás prendas y a los objetos. De los que deja, rasga algunos antes de devolverlos a las perchas. Después de recorrer la habitación con la mirada comprobando que no olvida nada, cierra el equipaje y se viste. Todavía hace algunas cosas más. Recoge los papeles que hay en la silla: una carta, que relee, y las fotos que se hizo en el fotomatón. Pone ambas cosas en un sobre, que introduce en el bolso. También guarda en él un collar de perlas que saca de un joyero. Deja las llaves del piso en un cenicero. Por último, se pone el abrigo, toma la maleta y el bolso y se dispone a salir. Antes, vuelve la vista atrás. Su rostro está sereno. Cuando desaparece, oímos sus

pasos y luego el ruido suave de una puerta que se cierra.)

(Un lugar fuera de cualquier espacio definido. Es el observatorio desde el que ELLA, de pie junto a su maleta, con el abrigo puesto, contempla, sin que nadie advierta su presencia, a la ASISTENTE Social con la que se entrevistó tiempo atrás y, después, el salón de la que, durante los poco más de diez años de convivencia con ÉL, ha sido su casa.)

(La ASISTENTE examina los papeles que hay sobre la mesa del despacho. Entre ellos, está el sobre con la carta y las fotos de ELLA. Lee el remite. Hace memoria. Su gesto denota que no recuerda a la persona que lo envía. Extrae su contenido. Las pequeñas fotografías aparecen proyectadas en las mismas pantallas en las que ELLA contempló los rostros de mujeres maltratadas físicamente. Bajo los moratones y cortes, la ASISTENTE reconoce sus facciones. Desdobla la carta y, antes de iniciar su lectura, hace una llamada de teléfono.)

VOZ- ¿Sí?

ASISTENTE.- Buenos días.

VOZ- ¿Me necesitas?

ASISTENTE.- Una pregunta...

ELLA.- Lo de menos es como ha llegado el sobre a su mesa. Lo importante es que está en sus manos.

(La ASISTENTE duda.)

VOZ- Adelante. Soy todo oídos. Y tengo un magnífico repertorio de respuestas.

ASISTENTE.- En realidad solo quería decirte que ya estoy en el despacho.

VOZ- Enterado. Corto y cierro.

(La ASISTENTE lee la carta en voz baja. ELLA da cuenta de su contenido.)

ELLA.- No tengo seguridad de que esta carta y las fotos que la acompañan lleguen a su poder. Ni siquiera de que logre desprenderme de ella. Voy a intentarlo por todos los medios a mi alcance. Con esa esperanza me he decidido a escribirle. Pero mientras lo hago, me siento como el naufrago que envía sus mensajes en botellas y sabe que la mayoría quedarán flotando en el mar sin que nadie las recoja. Me pregunto cuántas llegan a su destino de las pocas que son arrastradas a alguna orilla o quedan atrapadas en las redes de pesca. Tal vez puedan contarse con los dedos de una mano. Tengo, pues, motivos para el desánimo. Si el azar quiere que estas líneas sean leídas por usted, todavía me asalta otro temor. El de que reciba mi mensaje demasiado tarde. En tal caso, mi angustioso grito de socorro habrá resultado inútil. Quedará como testimonio de la conducta brutal de un hombre. Y eso, francamente, no me consuela. Temo por mi vida. De que la pierda, el culpable será mi esposo. Pero hay otros responsables: los que, como usted, se han negado a escucharme cuando todavía podía evitarse el daño. Entonces ya era una mujer maltratada. Es verdad que no se apreciaba a primera vista. En mi cuerpo no había señales que lo probaran. Pero nadie se molestó en buscar heridas más profundas. Sin embargo, las tenía. Antes de que cicatrizaran, se abrían otras. Cuanto más invisibles, más dolorosas. El día en que recibí la primera paliza que me dejó marcada, di un paso de gigante. Me gané el derecho a entrar por la puerta grande en el club de las víctimas de la violencia doméstica. ¿Me creerá si le digo que, viendo mi rostro desfigurado, me sentí satisfecha? Mi propia carne torturada era lo que necesitaba para denunciar a mi pareja. ¿Qué mejor prueba? Tras la agresión fui castigada, como las niñas díscolas, a no salir de casa. Al menos mientras permanecieran las señales. «Sería una vergüenza que te vieran en ese estado», me dijo, como si yo fuera la culpable. Y ese ser odioso, telefoneó a la editorial para decir que estaba enferma y a su clínica para anunciar que durante algunos días no pasaría consulta. También me prohibió visitar a mis padres. No he vuelto a pasar por la residencia. Me pregunto que pensarán de mi repentino silencio. Lo sorprendente es el empeño que ponía, después de cada paliza, en curar mis heridas. Mientras me aplicaba pomadas sobre la piel dañada fui tomando conciencia de que lo hacía para devolverme el aspecto de una mujer, si no feliz, al menos normal. De pronto tomé la decisión de escapar y denunciarle. La oportunidad llegó hace unas semanas. Aproveché un descuido suyo. Mientras estaba en el baño, salí de casa. Antes de llegar al portal ya sentí sus pasos en la escalera. Corrí y enseguida me di cuenta de que no

llegaría muy lejos. Busqué un lugar en el que esconderme. No encontré otro mejor que un fotomatón. Pasó junto a él sin detenerse. Allí tuve la ocurrencia de hacerme las fotos que le envió. Acababa de guardarlas en el bolso, cuando él me encontró. Me cogió del brazo y me arrastró a casa. Cerrar la puerta y propinarme una nueva paliza fue todo uno. No fue la última. Desde entonces, las recibo continuamente. Por supuesto, ha desistido de curarme las heridas. Vivo secuestrada. El ha vuelto a su trabajo. Durante su ausencia permanezco maniatada y amordazada. Cuando regresa, me libera. Me trata como a una perra.

(La ASISTENTE saca del archivo el expediente de ELLA. Lo repasa apresuradamente hasta dar con lo que busca. Marca un número de teléfono. La llamada suena en casa de ELLA. Al cabo de varios timbrazos, ÉL entra en el salón. Tarda en descolgar y, cuando al fin lo hace, guarda silencio.)

ASISTENTE.- Oiga... Oiga... ¡Oiga!

ÉL.- (Cambiando la voz.) ¿A qué número llama?

ASISTENTE.- El nueve uno, cuatrocientos uno, ochenta y cinco, cuarenta y tres.

ÉL.- ¿Por quién pregunta?

ASISTENTE.- Por su esposa.

ÉL.- ¿De parte...?

ASISTENTE.- ¿Puedo hablar con ella?

ÉL.- No me ha dicho su nombre.

ASISTENTE.- Llamo desde la residencia...

ÉL.- (Con voz normal.) La residencia.

ASISTENTE.- Soy la directora.

ÉL.- Mi esposa no está.

ASISTENTE.- ¿Cuándo podrá...?

ÉL.- ¿Qué quiere de ella?

ASISTENTE.- Se trata de sus padres.

ÉL.- ¿Sucedé algo?

ASISTENTE.- No. Verá. Están algo preocupados. Hace tiempo que no tienen noticias de su esposa. Temen que esté enferma o que le hay sucedido algo.

ÉL.- Está muy ocupada.

ASISTENTE.- Sin duda. Eso les he dicho para tranquilizarles. Pero sólo lo he conseguido a medias. Comprenden que tal vez no pueda venir con tanta frecuencia como antes. Pero les inquieta que tampoco les llame por teléfono. Hasta hace poco, si no podía venir, encontraba unos minutos para hacerlo.

ÉL.- Lamento no poder ayudarle, señora.

ASISTENTE.- Me basta con que me diga cuando o dónde puedo localizarle.

ÉL.- Cuesta trabajo creerlo. Pero no lo sé.

ASISTENTE.- ¿No sabe dónde está su esposa?

ÉL.- ¿Sorprendida?

ASISTENTE.- No sucede todos los días que alguien pregunte por una señora y su propio marido diga que...

ÉL.- Se ha ido de casa. Mi esposa se ha ido de casa. ¿Lo comprende ahora?

ASISTENTE.- Lo siento, créame. De haberlo sabido...

ÉL.- No tenía por qué saberlo.

ASISTENTE.- ¿Puedo pedirle un favor? Si volviera...

ÉL.- Encontraría la puerta cerrada.

ASISTENTE.- En ese caso...

ÉL.- No quiero parecer grosero.

ASISTENTE.- No lo es.

ÉL.- **(Impaciente.)** ¿Algo más?

ASISTENTE.- Una pregunta... ¿No le extraña que su esposa no haya visitado a sus padres?

ÉL.- No tendrá el menor interés en contarles que ha cogido el portante.

ASISTENTE.- No tiene por qué hacerlo, si no quiere.

ÉL.- Ni a usted ni a mí nos concierne lo que haga o deje de hacer. Es asunto suyo.

ASISTENTE.- Desde luego, pero me preocupa su repentino silencio.

ÉL.- Puede estar tranquila.

ASISTENTE.- No lo estoy, se lo aseguro. No es normal que una persona desaparezca sin dejar rastro.

ÉL.- ¿No cree que exagera?

ASISTENTE.- En absoluto.

ÉL.- Mis esposa se ha ido...

ASISTENTE.- Es lo que usted dice.

ÉL.- ¿Qué insinúa?

ASISTENTE.- Que puede mentir. No digo que mienta. Sólo que puede mentir.

ÉL.- ¡Está loca!

ASISTENTE.- Si de verdad no sabe dónde está, debería averiguarlo.

ÉL.- No voy a hacerlo. No me importa.

ASISTENTE.- Le conviene.

ÉL.- Cuanto menos sepa de ella, antes la olvidaré.

ASISTENTE.- ¿Qué dirá cuando la policía se interese por su paradero?

ÉL.- ¿La policía? ¿De qué habla? ¿Qué pinta la policía en esto?

ASISTENTE.- Si no da señales de vida, habrá que denunciar su desaparición. Si usted no lo hace, lo harán sus padres. Yo misma se lo recomendaré.

ÉL.- ¡Ocúpese de sus vejestorios!

ASISTENTE.- Eso hago. Velo por ellos.

ÉL.- Sembrando cizaña, poniéndoles el corazón en un puño... ¡Váyase al infierno!

ASISTENTE.- Me preocupa lo que pueda sucederle a su esposa.

ÉL.- ¿Quién es usted para meterse en mi vida? No llama desde la residencia. ¿Desde dónde llama?

ASISTENTE.- ¿Qué más da?

ÉL.- ¡Escúcheme bien! Si es una broma...

ASISTENTE.- No lo es. Abreviemos. Sabemos que maltrata a su esposa.

ÉL.- ¿Por quién me toma?!

ASISTENTE.- Quiero hablar con ella.

ÉL.- Búsquela. Y a mi, déjeme en paz.

ASISTENTE.- Tenemos fundadas sospechas de que sigue con usted. ¿Lo niega?

ÉL.- ¡Métase sus sospechas dónde le quepan!

ASISTENTE.- Más aún, de que la tiene retenida contra su voluntad.

ÉL.- ¡Secuestrada! ¡Por favor! Primero la maltrato, luego la secuestro... ¿Qué más? ¿Por qué no me acusa directamente de haberle matado?

ASISTENTE.- ¿Dónde está su esposa?

ÉL.- (Fatigado.) Escuche bien lo que voy a decirle...

ASISTENTE.- ¿¿Dónde está su esposa?!

(ÉL cuelga el teléfono bruscamente y se lleva las manos a la cabeza.)

ASISTENTE.- ¡Mierda!

ELLA.- (A ÉL.) ¿Dónde estoy?

ÉL.- (Buscando la procedencia de la voz.) ¿Cómo?

ELLA.- Que dónde estoy.

ÉL.- (Hablando al vacío.) ¿Me lo preguntas tú?

ELLA.- Ella, te lo ha preguntado ella.

(La ASISTENTE marcar de nuevo. ÉL arranca el cable del teléfono. La ASISTENTE hace otra llamada.)

ASISTENTE.- Pásame con el comisario, por favor. Es urgente.

(Las luces que iluminan el despacho se apagan. Sólo quedan ELLA y ÉL en sus respectivos espacios.)

ELLA.- Muy pronto te lo preguntarán otras personas.
¿Qué dirás?

ÉL.- La verdad.

ELLA.- ¿Qué verdad?

ÉL.- La única.

ELLA.- ¿Que tu mujer te ha dejado plantado?

ÉL.- No hay otra.

ELLA.- No todos opinan lo mismo.

ÉL.- Esa arpía delira.

ELLA.- Te ha acusado de maltratarme.

ÉL.- Que lo demuestre.

ELLA.- Y de tenerme secuestrada.

ÉL.- Me la suda. Que registren la casa.

ELLA.- Lo harán.

ÉL.- Mejor. Así saldrán de dudas.

ELLA.- Al contrario, surgirán bastantes más.

ÉL.- Empieza a hartarme esta historia.

ELLA.- ¿Tan pronto? Si apenas estamos en el principio.

ÉL.- El pájaro voló. Asunto zanjado.

ELLA.- Que pájaro más tonto. Se va con lo puesto. Atrás deja sus pertenencias. Es cierto que no las quiero. Me traen malos recuerdos. Pero eso sólo lo sé yo. No convencerás a nadie de que tu mujer se ha ido ligera de equipaje. En el armarito del baño he dejado pinceles, cremas, pomadas, perfumes, aceites... Me apetece cambiar de aspecto, ser otra. La ropa interior... Bragas, sostenes, medias... No la quiero. La has sobado tanto con la mirada que parece vieja. Los vestidos están en el armario. Ni siquiera lo has abierto. Una pena. Destrozados. Con tus manos. Cuando los vean se harán una idea bastante cabal del alcance de tus agresiones. Porque, ¿qué otra cosa puede haberles pasado? Por ahí andan casi todos mis papeles. Me he llevado los documentos imprescindibles para no convertirme en un fantasma. Los demás, no recuerdo haberlos usado nunca. Ni siquiera las tarjetas de crédito. No los necesito, pero tampoco lo saben ellos. Por dejar, también he dejado las llaves. ¿Para qué las quiero, si no volveré a abrir la puerta

de tu casa? Hasta las joyas están en su sitio. ¿Qué te parece? **(ÉL ahoga un gemido.)** Tal vez no lo eches de menos, pero falta un collar. El de perlas. Supongo que falsas. Nunca me preocupé de averiguarlo. No te molestes en buscarlo. Si acaso, conviene que sepas que, en el maletero del coche, hay algunas de esas bolitas. Deberías deshacerte de ellas si no quieres dar explicaciones de cómo han ido a parar allí. Y en el piso, hacer una buena limpieza. ¿Tendrás tiempo para tantas cosas? **(Suena el túbme de la puerta.)** Demasiado tarde. **(ÉL se queda petrificado.)** Han llamado.

ÉL.- Sí.

(ÉL se dirige a la puerta con paso vacilante.)

ELLA.- En el maletero hay también un tacón de aguja arrancado de cuajo. Es de unos zapatos que apenas usaba. **(Pausa.)** Los zapatos se fueron a la basura.

(Suena el túbme de nuevo, ahora con insistencia. ÉL desaparece. Se oye el ruido de la puerta al abrirse.)

ELLA.- No me juzgues mal. Dentro de poco, cuando te interroguen, dirás que las apariencias engañan. No te creerán, pero los dos sabemos que tienes toda la razón del mundo. Quiénes me conocen, jamás me han tenido por una mujer maltratada. Y, sin embargo, lo he sido. Mi aspecto lo desmentía. En mi caso también podía decirse que las apariencias engañan. Era así porque tú querías que así fuera. Ponías todo tu empeño en que, de puertas afuera, pareciéramos un matrimonio feliz. Así, el infierno estaba en casa. Tus amenazas producían pánico, golpeabas con las palabras, siempre rebuscadas e hirientes. Tanta era su fuerza que conseguiste reducir a escombros lo que un día llamamos hogar. He puesto todo mi empeño en echar sobre tus espaldas un crimen que no has cometido. No me mueve la venganza, sino evitar que mi historia se repita, que otra mujer ocupe mi lugar entre esas paredes y que nadie la oiga llorar, ni sus primeras quejas débiles, ni, al cabo, sus gritos. **(Coge la maleta y mira hacía el fondo.)** Ya soy libre como tú, Nora. En la maleta llevo la cinta de vídeo con tu imagen. Te dije que no tenía interés por conocer tu destino. Daba por sentado que habías salido adelante. En realidad, necesitaba creer que así había sucedido. Cualquier duda hubiera hecho tambalearse mi entereza. Hace falta tan poco

para abandonar... Ya no cabe dar marcha atrás. Estoy donde tú estabas, en la calle. No temas que te pregunté qué hiciste cuando te marchaste. No busco tu consejo. De poco me serviría tu experiencia. Sé de sobra que tu tiempo no es el mío. Tu portazo conmovió los cimientos de la sociedad. El mío, apenas se ha oído. En fin, lo que me toca es encontrar mi propio camino. Como a los miles de Noras que andan por el mundo. A ello voy. Lo único que quiero es tenerte cerca, saber que, en los momentos difíciles, puedo rescatar tu imagen y, si me siento sola, cogerte la mano. ¿Te importa?

(Echa a andar. A medida que se aleja su silueta se difumina. Al fondo se adivina un muro negro y, en él, un hueco, quizás una puerta, por el que desaparece.)

FIN